



EL PAIS VASCO-NAVARRO

JAUNGOICOA ETA FUEROAG.

AÑO I.

1.º DE JULIO DE 1870.

NÚM. 23.

SUMARIO.

TEXTO.—LA IMPRENTA, por D. Juan Cancio Mena.—EL NATURALISTA Y EL ATEO, por Saturno.—PUERTA VIZANTINA EN ARMENTIA.—RECUERDOS DE UN AVENTURERO VASCO-NAVARRO. (CONTINUACION.)—VIAGE DE RECREO (CONCLUSION), por S. de G.—BAÑOS VIEJOS DE FITERO.—REVISTA DE MADRID, por J. Nombela.—ADVERTENCIAS. GRABADOS.—PUERTA VIZANTINA EN ARMENTIA.

LA IMPRENTA.

II.

No exageramos nunca, porque los extremos son viciosos.

El principio de autoridad aplicado á las ciencias es insostenible, porque no hay ciencia sin demostracion, y la demostracion es incompatible con la autoridad.

Pero, así como en el orden religioso es indispensable la autoridad, porque afecta al orden sobrenatural y las verdades de este orden están siempre sobre la razon humana, así tambien en el orden social y en el político hay que aceptar ciertas verdades como irrecusables y dogmáticas, porque sin prestarles asentimiento universal y absoluto, serian imposibles la sociedad y el orden público.

Por eso, aunque reconozcamos las excelencias de la discusion, porque así como por el rozamiento se produce el fluido luminoso, así de la polémica razonada y discreta brota la luz de la verdad, no por

eso debemos admitir radicalmente el principio de la discusion, aplicándolo á todo orden de cosas; porque hay algunas que son superiores á la inteligencia humana, y porque hay otras que, por su evidencia ó por sus demostraciones, están sobre todo linaje de controversia.

Y á no dudarlo: lo que importa á la sociedad es elevar el nivel de las verdades dogmáticas, porque ellas son la razon del espíritu y el gran elemento del progreso, y porque prestan aliento al corazon para perseverar en los propósitos mas dignos y en las empresas mas generosas.

No se concibe la existencia de un pueblo sin leyes que lo rijan, y no es posible formular una ley sin reconocer previamente ciertos principios fundamentales de gobierno.

Y esos principios son las verdades que no pueden discutirse sin grave é inminente riesgo de los altos intereses que las leyes escudan y defienden.

Por eso el Estado, esa personificacion de la sociedad, debe cuidar con paternal solicitud de conservar como un depósito sagrado esos principios sobre que descansa la vida colectiva, la vida de los pueblos, la vida, en fin, de las agrupaciones humanas, que es la vida natural del hombre; porque el aislamiento es contrario á su existencia y á los fines que ha de realizar en el mundo.

Y en esa consideracion se inspiran las

leyes de los pueblos cultos cuando reconocen la importancia de la imprenta y procuran afanosamente determinar las leyes á que debe ajustarse su ejercicio para no lastimar los fueros del individuo y los fueros de la sociedad.

Dos son los sistemas que se disputan el predominio científico en la legislacion de imprenta: el preventivo y el represivo.

La doctrina de que la imprenta es impecable, ó de que sus excesos tienen su correctivo en ella misma, está discutiéndose en la esfera del buen sentido y en la práctica general.

Así es que, las teóricos de la libertad, esos apóstoles fanáticos del radicalismo, se convencen del absurdo que entrañan sus doctrinas y de la ineficacia de sus procedimientos, cuando quieren aplicarlos al gobierno de los pueblos.

Por eso prescindimos completamente del exámen de sus quiméricos principios; por eso nos limitamos á analizar el sistema preventivo y el represivo, con relacion á la cuestion de la imprenta.

Es axioma admitido universalmente, y mas que axioma un proverbio vulgar, el principio de que *vale mas prevenir que remediar*.

Y aunque la verdad que entraña ese proverbio no puede controvertirse, porque es superior á todas las verdades que hay que aceptar como términos en todo razonamiento, llega, sin embargo, hasta

tal extremo la aberración de la inteligencia, que condena el sistema preventivo como tiránico y defiende el represivo como liberal.

Y es que la acepción de las palabras más usuales en la esfera de la política se ha bastardeado tanto con groseros errores, que la libertad se entiende por la tiranía y la tiranía por la libertad.

Por eso se concibe la monstruosa doctrina que sostienen los que prefieren el sistema represivo al preventivo; es decir, los que, á pretexto de una libertad ilimitada y ominosa, prefieren que el crimen se cometa á que el crimen se evite, á favor de medidas prudentes y oportunas.

Solo en las aberraciones de la inteligencia puede aplicarse un hecho tan anómalo, tan violento y tan absurdo.

Y este hecho se aplica cumplidamente al sistema represivo de la imprenta.

Dos son en general los factores de todo delito: la intención y el hecho; porque la intención más ó menos dañada y la gravedad y trascendencia del hecho, miden la enormidad del crimen, sin que cierta regla afecte el principio de que un hecho atentatorio á la vida ó á otros intereses altísimos, deja de ser criminal cuando carece de voluntad la persona que lo realiza, ó vice-versa, de que si el hecho que se consuma es más leve que la intención, sea también más leve el delito, porque la intención no puede interpretarse rigidamente, y el único criterio filosófico en derecho penal es el que se funda en la relación de la voluntad con los hechos.

Ahora bien: ¿no son verdaderamente excepcionales los crímenes de la prensa? ¿No pueden prevenirse á favor de una legislación sabia y prudente? ¿No puede descomponerse los factores *intención y hecho*?

Además: los crímenes de la prensa no significan siempre un corazón pervertido, sino una imaginación extraviada, una doctrina errónea y una exaltada fantasía, elementos perjudiciales á la sociedad, pero que no hacen odioso al individuo como lo hacen los crímenes ordinarios.

Y si esos elementos pueden secuestrarse, si esos elementos pueden combatirse y doctrinarse, ó mejor dicho, detenerse en el individuo sin permitirles exteriorizarse en la prensa y contaminar la atmósfera social, ¿no es lo lógico y lo procedente impedir que tomen forma de delitos, con perjuicio de la causa pública y del desgraciado que quizá en un momento de extravío ó de pasión arrojó sobre el papel una idea peligrosa?

Otra consideración abona nuestras doctrinas; y esa consideración se funda en la voluntad del delincuente. Se comprende muy bien que en los crímenes ordinarios

haya una intención siniestra en quien los comete, y que esa intención pecaminosa pida la expiación correspondiente; pero en los crímenes de la prensa, puede creerse que existe voluntad recta y hasta una sinceridad heroica. Y en esta hipótesis, muy conforme por cierto con la naturaleza del fenómeno que estudiamos, ¿no es por demás tiránico el principio que entraña el sistema represivo aplicado á la prensa?

¡Sociedad, mientras dispongas de recursos suficientes para impedir el crimen, no tienes derecho á castigarlo!

Esa imprecación podría salir del corazón de un filántropo que, extraviado por ideas disolventes, las hubiese arrojado sobre el papel en un acceso de delirio, y merced á la libertad absoluta en lo preventivo y de la tiranía en lo represivo se viese confundido en un presidio con inmundos criminales y arrastrando una pesada cadena que fuese quizás el símbolo de un error filosófico en la legislación penal.

Si puede legislarse en lo represivo para la imprenta, es indudable que puede legislarse en lo preventivo, porque el hecho criminal puede conocerse por el Estado antes de que salga á la luz pública, es decir, antes de que se cometa; porque el mal que entraña el delito de la prensa, no significa solo la intención del autor, sino la trascendencia de la propaganda; y si la propaganda puede evitarse, también puede evitarse un hecho que dañe á la sociedad y que comprometa al escritor, convirtiendo quizás en criminal á quien, lejos de albergar ruines sentimientos, arde en generoso amor hácia la humanidad.

Es evidente: más vale prevenir que remediar.

JUAN CANCIO MENA.

EL NATURALISTA Y EL ATEO.

Si alguna ciencia puede con justos títulos vanagloriarse de ser suficiente á calmar las aspiraciones todas del ingenio más fecundo, es indudablemente la historia natural, cuya extensión prodigiosa abraza cuanto existe en el globo que habitamos. Dueña por completo del mismo, su dominio no reconoce límites, por lo cual, igualmente la vemos persiguiendo al ave en su remontado vuelo para estudiar su penetrante vista, como observando las plantas que recubren la vetusta encina, ó penetrando ya en las capas más profundas de la corteza terrestre para explicar su dislocación, ya también en los abismos de los mares con el fin de sorprender á los habitantes de sus recónditas cavernas. Pero si esta ciencia está destinada por el sin número de sus materiales á patentizar

de la manera más evidente las bellezas y maravillas de la admirable fábrica del universo, lleva en sí bien claramente un fin más sublime y elevado, que consiste en evidenciar del modo más solemne la existencia del grande Artífice, autor de lo criado, cuyas glorias y sabiduría inmensa pública por do quiera la naturaleza misma. Y, sin embargo, ¡raro contraste! en la historia natural es donde precisamente se han creído encontrar razones muy poderosas para denostar á quien se engolfa en su estudio con los epítetos de incrédulo, de materialista y de ateo. Con el objeto, pues, de vindicar al naturalista de tan inmerecidos títulos, vamos á demostrar que el *naturalista incrédulo, ateo y materialista* es un verdadero mito; que la reunión de tales palabras carece de significación real y que existe entre ellas tan marcada anomalía, que se repelen y excluyen como dos fuerzas antagonistas.

No necesitamos, para probar nuestro aserto, encomiar la reconocida importancia de la historia natural; notorio es en demasía que, lejos de reducirse á un entretenimiento pueril, forma la base de ciencias importantes y que encierra verdades de trascendencia tal, que no pueden despreciarse por el observador más baladí: únicamente exponemos muy breves consideraciones, sin tratar de inquirir algunos de los muchos datos que nos suministraría la ciencia misma, los cuales, tratados bajo su verdadero punto de vista, harían este artículo demasiado extenso y filosófico é imposible para nuestra humilde pluma.

El estudio de la naturaleza, puro como el ser de que dimana, tranquilo como los objetos sobre que versa, lejos de conducir á la incredulidad y al materialismo, hiende las regiones que estos ocupan, y, cerniéndose sobre ellas, demuestra que la omnipotencia de Dios es tan inmensa como grande nuestra debilidad y flaqueza. El naturalista se vé trasportado á las más sublimes contemplaciones, lo mismo cuando analiza el sencillo mónade que se agita en el reducido círculo de una gota de infusión, que cuando estudia los restos mutilados de los gigantescos seres antediluvianos. El que imparcialmente y sin preocupaciones de ningún género se dedique á estudiar los fenómenos de esta ciencia, no puede menos de convenir, si quiera sea en lo íntimo de su conciencia, que la obra de la naturaleza, muy distante de ser debida á la casualidad, ha sido, por el contrario, producida por un Supremo Hacedor que todo lo regulariza, todo lo gobierna y de cuya bondad é ilimitado poder halla ejemplo hasta en el átomo más imperceptible. Y, en efecto; ¿nada dice al más estóico la grande diferencia que se nota entre el enjuto cuerpo del tigre y las

formas anómalas del ornitorinco; el áspero rugido del león y el trémulo balido de la inofensiva oveja? ¿Es efecto del ciego acaso el que el ojo aparezca convexo, la oreja cóncava, prósbita el ave y miope el pez? ¿Se debe á la casualidad el que unas mismas partes se hallen conformadas para llenar diversos usos, según el destino del animal? De ninguna manera; y el no ver en estos y otros muchísimos casos la sabiduría del Criador, sería hacerse ciego á la más palpable verdad. La diestra mano del hombre se convierte en las fieras en robusta garra, sirve al murciélago para sostenerse en el aire, al topo para cavar la tierra, al rumiante para la progresión y al cetáceo para mecarse entre las olas; jamás se ha visto al caballo golpear la tierra con la aleta del delfín, ni á este lanzarse á la atmósfera con el seguro y rápido vuelo de la paloma: y á la verdad es extraño que si todo fuera producto de la casualidad, no haya ejemplo de haberse alterado estas leyes alguna vez y permanezcan constantes hasta en sus más pequeños detalles. Bien sabe el naturalista que no es simplemente la materia quien impele á los diversos seres en sus emigraciones para que acudan á un puesto con preferencia á otro sin que se equivoquen en la ciencia de los meteoros; convencido está que en vano el esquimal esperará alegrar su ranchería con el canto del estornino; pero en cambio está seguro de que el oso blanco, viajando en los flotantes témpanos de hielo, le proporcionará con sus pieles el abrigo que en ciertas épocas necesita. ¡Infeliz el hombre si, abandonado á sí propio y al instinto de los animales, no contase con una Providencia que velara por él incesantemente! Él sabe que no es cada animal quien ha creado para sí los hábitos que posee, sino que es naturaleza la que se los ha impuesto, y no se le oculta que de no admitir una inteligencia superior que obliga al pequeño á nadar y al grande á sumergirse en el arroyo más próximo luego de romper el cascarón, su pensamiento vagará entre quiméricas ideas, y en vez de sentar principios inconcusos, solo logrará plantear meras elucubraciones, cuya mejor recompensa es abandonarlas al olvido. Ninguno mejor que él conoce hasta dónde alcanzan las débiles fuerzas del hombre, que existe un límite ante el que tiene que doblegar su serviz, y que en vano se esforzará por traspasar: dad al más sábio de los naturalistas los elementos constitutivos de una molécula orgánica; exigidle que os la devuelva dotada de vida, que la forme, que la cree, y le vereis que, ó supone os hallais desprovistos de sentido común, ó que tratáis de mofaros de su ciencia: persuadido se halla que serán inútiles sus esfuer-

zos, que su ciencia no es creadora y que es pura quimera contar tan sólo con la materia para la esplicacion de los fenómenos más triviales, pues que entonces la naturaleza se presenta tan árida y falta de amenidad, como radiante de luz y de magnificencia si en todo nos referimos al potente brazo de la Divinidad. La ciencia de la naturaleza enseña al hombre á adorar al Gran Ser que le dotó de una alma inmateral, que le formó á su semejanza, que le hizo superior al resto de lo criado y al propio tiempo le pone á la vista el valor incalculable de sus fuerzas intelectuales y morales, sin las que sería el juguete de las bestias y de los elementos. Ella le hace ver que es el único ser religioso, el único que posee el don de la palabra y el solo capaz de comprender á su Hacedor y á sí mismo: explica perfectamente los lazos de cariño para con nuestros semejantes por el principio de sociabilidad con que está adornada, tira por tierra la diferencia mal establecida entre las razas humanas, considerándolas á todas como una gran familia procedente de un solo tronco. ¡Ah! ¡qué lecciones tan importantes contiene el gran cuadro de la naturaleza! Cuando el naturalista revuelve las cenizas de los sepulcros para estudiar las larvas que se han alimentado con el cuerpo del que quizás llamó la atención del siglo, ninguno puede comprender mejor que todo es vanidad de vanidades y solo vanidad. Al observar que la tierra se cubre hoy con el manto de la muerte, para aparecer mañana más lozano; al ver que cuando la oropéndola se interna en el bosque y el reyezuelo se acoje bajo la choza del labriego, huyendo de los rigores del invierno, desaparecen las generaciones para dar cabida á las siguientes y entrar á formar parte de ese gran círculo por el que la naturaleza revive de sus cenizas, nadie como él se poseerá mejor de lo efímero de nuestra existencia. No ignora que las obras más colosales se desploman bajo el afilado diente de un insecto, ó se ocultan bajo una capa de plantas que terminan por hacerla desaparecer, y por este estudio aprende á mirar bajo su verdadero punto de vista aquello por lo que el hombre se espone á los mayores sufrimientos. El gran reino mineral y el vegetal encantan al naturalista más indiferente: los bellos y variados matices de las plantas, sus caprichosas y encantadoras formas, sus deliciosos perfumes y su organización, tan sábiamente constituida, le obligan á entonar un himno de alabanza, que se eleva, al par que los fragantes aromas de las flores, hasta el trono de aquel cuya ciencia no tiene término. Por último, cuando consulta ese gran libro, respetado por todos los siglos, y vé que los modernos adelantos cientí-

cos se armonizan perfectamente con lo contenido entre sus páginas, comprende que, el mismo que inspiró al divino historiador Moisés, es también el árbitro del universo. En vista de estas someras reflexiones, que ocurren á todo el que se dedique al estudio de la historia natural, ¿se creará merecedor al naturalista de las ideas que se le atribuyen? No: un abismo le separa del ateo y del incrédulo; lacerado el corazón de estos con las profundas heridas que la duda ha abierto en él, arrastran una vida de agitación y de amargura, en la que todo les inspira tedio, pues se hallan faltos de las más gratas ilusiones; pero aquel, contemplando en la naturaleza un manantial perenne de bellezas, da cabida en su alma á los más dulces sentimientos, y mientras que el ateo rinde culto á la nada, aquel venera al autor de lo criado: no es tampoco materialista, pues, sabedor de que caería al más leve soplo de oposición el edificio que construyera sobre la deleznable base de la materia, admite la existencia de un Ser que da vida á lo existente, y si alguno, por sostener fanáticamente absurdas teorías, se ha separado de los principios de la ciencia, ha encontrado su castigo en el desprecio que de ellas han hecho los verdaderos sábios.

SATURNO.

Pamplona y mayo de 1870.

PUERTA BIZANTINA EN ARMENTIA.

Esta villa, situada á muy corta distancia de Vitoria, encierra muchas preciosidades de arquitectura bizantina, dignas de estudio y admiración. Hoy reproducimos una puerta del mencionado orden arquitectónico, perteneciente al templo que se fundó en tiempo de Santiago, templo que fué el Covadonga vasco-navarro, pues en él encontraron asilo los que huían de los agarenos, que, como es sabido, no se atrevieron á pasar la línea del Ebro. En otra ocasión pediremos á nuestro amigo é ilustrado colaborador D. Ricardo Becerro, que regale á los lectores alguna de sus bellísimas inspiraciones describiendo las preciosidades de Armentia.

RECUERDOS DE UN AVENTURERO VASCO-NAVARRO.

LOS PRIMEROS TIEMPOS DE CALIFORNIA.

(Continuacion.)

Permitaseme hacer una digresion para dar una idea del paisaje que media entre el valle de San Joaquin y los placeres:

Pasado el arroyo seco, que está entre los primeros estribos de la sierra sin vegeta-

cion arborea, comienzan los bosques de robles; un poco mas arriba se mezclan los pinos silvestres y los encinos de hoja pe...

El dia de nuestra salida del campo que abandonamos iba caminando taciturno y cabizbajo, pensando en que la fortuna que tan facil habiamos creido se nos des-

lizaba de entre las manos, y renegando interiormente de la poca fé que los hombres que conducia habian mostrado á mis consejos en las dos ocasiones que se los habia dado. Salimos el 27 de mayo y pasamos el Estanislao por un bote ballenero que estaba situado pasado el arroyo seco, y que nos pasó muy barato: sesteamos al otro lado del rio en una ancha vega que junto á él habia, y durante el sesteo hice á uno de mis ayudantes encargado de la caja hacer el balance para saber con lo que contábamos. ¿Cuál seria mi indignacion al encontrar que habia una falta de veintiocho onzas? Y eso que solo se habia dado entrada en ella al producto de los portes y á lo explotado en

los placeres, sin haber hecho mencion ninguna de lo mucho que se habia realizado de viveres y bebidas, cuyo importe no bajaria de veinte á veinticinco onzas.

Inmediatamente mandé registrar los equipajes y di orden á la gente que se desnudara, dándoles el ejemplo, é imitándolo el jefe de la otra expedicion y mi otro ayudante; solo el cajero no se desnudó, y en su lugar fingió tener que hacer una necesidad, alejándose del campamento á unos arbustillos para satisfacerla: al momento conocí que aquel hombre iba á ocultar su robo; pero era un jóven hijo de una familia muy honrada y estimada en su país, que me habia sido recomendado por sus padres, no quise seguirle y evité que



Puerta bizantina en Armentia.

mis compañeros le siguieran, para no echarle una mancha que eternamente le deshonrara. Si todavía vive y estos renglones llegan á sus manos, le bastará el castigo que entonces le impuse retirándole mi confianza y el nuevo remordimiento que le avive su lectura.

En la tarde fuimos á dormir á la llanura que se estiende entre el Estanislao y Calaveras á distancia de unas tres leguas del primer rio y cuatro del segundo: no había leña con que hacer el rancho, y mandé juntar todas las materias que semejaran á leña, que eran algunas yerbas duras y estiércol de ciervos: la gente estaba cansada por la jornada, y mas que todo disgustada por la pérdida del oro, y comenzó entre ella un fermento de sublevación é inobediencia: uno de ellos se opuso abiertamente á hacer lo que habia mandado y fué en seguida secundado por otro; no habia tiempo que perder; me incorporé de donde estaba trabajando, pistola en mano, con ánimo de matar á cuantos no obedecieran. Al ver mi actitud y que por experiencia sabian no podia jugarse conmigo, se humillaron y fueron á ayudar á los demás ocupados en la faena de juntar combustibles.

Desde que salimos del Estanislao habíamos dejado á la izquierda la senda que del paso se dirigia á Stockton, y sin camino, fuimos á buscar el riachuelo Calaveras, el que conseguimos alcanzar á las once y media de la mañana del día 28, sesteando en su vega, que sombreada de matas de robles era al mismo tiempo un magnífico prado natural donde la yerba nos llegaba á la cintura. Durante el sesteo, desertó uno de mis hombres, que se habia mostrado inobediente la tarde anterior. Aquella misma tarde pasamos el riachuelo y acampamos á su orilla, inmediatos á otro campamento de americanos que, segun nos dijeron, les habian robado los indios sus ganados ó se les habian extraviado en el desierto. Con la conversacion que habia tenido con los americanos, me acosté algo preocupado recordando escenas sangrientas de Méjico en las incursiones indias, y eso seguramente me produjo una pesadilla en la que, aun despues de despierto, soñaba creyendo ver los indios, y disparé un tiro en el silencio de la noche alarmando el campo; pero el tiro despertó completamente mis adormecidos sentidos, y tan pronto como se levantó la gente pude tranquilizarla.

Muchas veces he dudado si realmente vi los indios ó sufrí una pesadilla, y estas dudas tomaron mas cuerpo al encontrar el día 29 en nuestra jornada varios indios armados en diferentes puntos y lo ocurrido pocos dias despues en el campo de Mockelammes. El día 29 pasamos una ranche-

ría de indios á una media legua de distancia del camino, y acampamos en un valle al pie de la sierra, donde di descanso á la gente el día 30, destacándonos algunos á catar el rio de Calaveras y las cañadas inmediatas, en las que apenas encontramos algunas señales de oro.

El 31 de mayo dejamos aquel campo, y despues de pasar un camino, aunque corto malísimo para los carros, llegamos al rio Mockelammes, donde sentamos nuestros reales. El día siguiente comenzamos los trabajos en el rio, pero con tan poco fruto como el que habíamos obtenido en los que abandonamos en Estanislao. El oro que aquí se recogia era muy menudo, el calor en el fondo del rio encajonado por montañas de mas de 2.000 pies de altura, era insoportable; el agua en que estábamos metidos durante el trabajo y que violenta corria del deshielo de las cercanas y perpétuas nieves, marcaba 2º centígrados; de modo que mientras ardíamos por arriba, teníamos las piernas en un baño de nieve.

A las malas condiciones que presentaba el trabajo, habia que agregar la de mala vecindad, pues indudablemente que en proporción del corto número de gentes que poblaban aquel campo y sus inmediaciones, pudiera encontrarse otro donde tanto abundaran los desertores de Botany.

(Se continuará.)

UN VIAJE DE RECREO.

(Conclusion.)

A Juan Manu no le gustó la Puerta del Sol, porque no veia ni la puerta, ni el sol; tampoco le hizo tilin el palacio real, porque se habia él figurado encontrarse con sillares labrados de una manera especial, y, lejos de ser así, ya conocia él casas, en que habia trabajado, en las que estaban tomadas las tiradas mejor que allí.

Una de las cosas que le gustaron fué ver correr las burras de leche, tan limpias y tan..... vamos, aquello ya le gustó.

Despues de andar la zeca y la meca fuéronse á comer, y seguidamente, con todo el esplendor y apogeo del radiante sol de Madrid, marcháronse muy frescos al Retiro á ver las fieras.

Tan distraído y embobado quedó nuestro buen Manu ante las monerías de los monos, que ni aun siquiera reparó en Robustiana y Sinforosa, que estaban hacia rato á su lado: verdad es que tampoco estas habian visto al cantero, porque todo el foco de luz de sus redondos ojos estaba reconcentrado en la jaula de aquellos animalitos.

Una horrisona carcajada, arrancada á consecuencia de yo no sé qué que hizo uno de aquellos sabios, sacó de su meditación á Juan Manu, y entonces vió, con gran contentamiento suyo, que se hallaba al lado de sus dos amigos de la vispera.

Por lo que hace al maestro, tenia fijadas todas sus facultades pedestres en las patas de un tigre.

Un caballero muy fino y atento que se encontraba al lado del cantero y sus dos amigas tuvo la bondad de explicarles la vida de aquellos prógimos, lo que comian y lo que hacian, en lo que tuvieron mayor motivo de celebrar lo que veian, al mismo tiempo que la amabilidad y conocimientos de aquel señor, que les explicaba *gratia et amore* tantas cosas de las que ni remota idea tenían.

Aquello debia tener término, y lo tuvo efectivamente, al cabo de cuatro ó mas horas, para volverse al casco de Madrid, muy contentos y agradecidos de la atención de aquel señor, á quien calificó de sabio y docto el doctor en obra prima.

Dirijiéronse á tomar un vaso de leche helada, es decir, un vaso cada uno, y cuando se encontraron sentados frente á una mesa de mármol y todo, en el café de la plazuela de Anton Martin, el maestro impuso silencio á sus acompañantes, que aun seguian ponderando las escelencias de los micos y la educacion de aquel que por lo menos era esce entísimo señor.

—Bien dicen, que para gente fina y de buena educacion no hay otro como Madrid, repuso Robustiana.

—¡Chist! ¡Silencio! dijo el maestro.

Y, batiendo palmas, añadió, apenas se hubo acercado el mozo.

—Moso, háganos usted favor de traer cuatro vasos de leche *amerengada*.

—No, yo helada quiero, dijeron á coro los tres amigos.

—Traiga usted *amerengada* cuando le digo, y no haga usted caso.

El mozo se fué y el maestro les explicó las ventajas de la leche merengada sobre la simplemente helada.

Efectivamente, así debia ser, porque se dieron un atracón, hasta tocar con el dedo; con lo cual comprenderá el lector que no bastaron cuatro vasos, y no hubieran bastado regularmente ocho, si no hubiera sido porque habia que aflojar, no los botones de los pantalones, ni las cintas de las enaguas, sino el corredizo de la bolsa en que iba el dinero.

La verdad en su lugar: tuvieron tiempo bastante para digerir la leche, segun la calma con que la tomaron; pero llegó el momento que irremisiblemente tenia que llegar, y el maestro y el cantero metieron mano al bolsillo para sacar diez y seis reales, que era el importe del gasto hecho.

Juan Manu, que habia metido su mano derecha en el bolsillo del pantalón, metió poco despues la izquierda en el otro, y sucesivamente fué sacándolas y metiéndolas en los bolsillos de la blusa, para volverlas á sacar y meter en el pantalón, y por último entre los pliegues de la faja.

Cada vez que hacia uno de estos movimientos mudaba de color, desde el rojo grana hasta el blanco leche merengada, y, por último, rascándose la cabeza con los mismos brios con que se limpia un caballo de tiro, balbuceó algunas palabras ininteligibles.

—¡Malo ó así se ha puesto Vd.? dijo Robustiana al observar la palidez de Juan Manu.

—Si, es verdad, repuso el maestro, tú tienes algo.

—La leche *amerengada* ó así, *labré* *hacho* mal, añadió Sinforosa.

—Eso *dite*, pues, volvió á decir la otra gorda.

Mientras tanto Juan Manu permanecía como una estatua de yeso. Al cabo de cinco ó mas minutos que sus amigos le asediaban á preguntas y respuestas, dió un resoplido y tartamudeó á media voz:

—Per... per... di... di... do...

—¿Si estará la leche envenenada? pensó el maestro, acordándose de que habia oido decir mas de una vez que por cocerla en cazos, no muy limpios, habian muerto ciento y la madre. Y echó mano á las tripas, que empezaron á dolerle.

Antes de que Pachico tuviera tiempo de meterse los dedos en la boca, remedio el mas eficaz que veia él para no reventar, oyó que Juan Manu decia:

—La bolsa, pues... con dinero y todo...

—¿Qué?...

—Me han robado.

Quedaron por un momento los tres oyentes como si hubiera sonado la trompeta del juicio final, y allí fué decir poco despues:

—Un *equivoco* será.

—Revisa los bolsillos, hombre.

—En casa ó así habrá Vd. dejado..... y otras observaciones muy cuerdas y muy del caso.

Pero Juan Manu juraba y perjuraba que la llevaba en el bolsillo derecho del pantalón: una bolsa de seda verde, que la sacó de Bilbao con 160 reales y seis cuartos; de los que, deducidos los 25 de la *accion* de San Isidro, con mas el gasto hecho aquel dia, debian quedar en ella 110 reales y cuatro cuartos, salvo error.

Alojó el maestro los 16 reales, supues-to que no era fácil que Juan Manu los diera; pero, sea dicho en honor de la verdad, recibió á toca teja las dos pesetas de las dos gordas, y quedó en recibir en Bilbao lo que á su amigo correspondia.

—A lo inglés, es mucho mejor; decia el maestro metiéndose los ocho reales en el bolsillo.

—A la *viscaina* sí que sí.

—Sí, con *franquisia*, decian una y otra gordas.

El cantero no hablaba, y aun dudo que oyera lo que decian.

Salieron del café, la verdad, mas tristes que cuando habian entrado y despidiéndose los unos de los otros para sus respectivas viviendas.

En el camino fuéle haciendo el maestro á su compañero mil reflexiones sobre el cuidado que debia tenerse en Madrid para no dejarse robar, y dándole otros tantos consejos para en lo sucesivo: pero Juan Manu, que habia perdido lo que tenia que perder, no pensaba volver en su vida por la ex-córte, y oia al maestro como quien oye llover.

Apenas habian llegado á la posada, el cantero dijo que se volvia á Bilbao; pero el maestro pudo hacer que se quedara hasta el otro dia, esto es, hasta el jueves, que era cuando iban tambien Robustiana y Sinforosa.

Grande fué la sorpresa de los dos viajeros, cuando contando al posadero la desgracia á uno de ellos acaecida, les aseguró sin género de duda que quien le habia robado la bolsa era el caballero que les habia dado tantas noticias sobre las diferentes clases de *micos* que existen.

—¿Aquel habia de ser, pues? exclamó el

cantero en tono desconfiado; un señor de levita, y cadena de oro y todo tenia.

—Bien te decia yo, repuso el maestro, bien te decia yo, que aqui no puede uno fiarse de nadie.

Pasóse el siguiente dia sin hacer el cantero otra cosa que mirar á la cara de todo bicho viviente, y observar si alguno sacaba alguna bolsa, para ver si era la suya. Todo esto, despues de haber ido por el camino de la vispera, desde su casa á la de las fieras, mirando al suelo, que es como si dijéramos, buscando una perla en el fondo del mar.

Hizosele al cantero muy pesado el tiempo hasta que llegó el dia de la marcha; pero por fin vino este, y pagada la cuenta por el maestro, fuéronse los dos á la estación, dos horas antes de la salida de tren.

Abiertas las puertas del andén, echo el cantero mano al bolsillo para sacar el billete y... el billete allí debió estar, pero la verdad es que no parecia ni dentro de la boina siquiera. Nada, si no se lo habian robado, le habia perdido irremisiblemente.

Y vuelta á hacer reflexiones el maestro mientras el cantero se tiraba de los pelos hasta arrancárselos de raíz, se arañaba el pecho, y acababa por pegar uno ó no se si dos puñetazos en la pared, que si como era de cal y canto hubiera sido de mazapan, tiene lugar una segunda *san sonada*.

Por fin exclamó como si bramara un berrendo de Veraguas:

—¡Aqui ladrones son, pues, todos!... ¡Array!—demoniño!...

Y lo peor del caso era que al maestro no le alcanzaban los cuartos para adelantar el valor del billete de su compañero, y no encontraban por allí á nadie á quien podérselo pedir... pero sí, allí llegaron como llovidas del cielo las dos gordas, que, enteradas del caso, y despues de lamentarse, como era justo, de la nueva desgracia del cantero, aprontaron el dinero que faltaba para completar los 76 reales, que era lo que valia el asiento, pues no podia tomarse medio, por mas que Juan Manu hizo por conseguirlo.

Basta ya, porque este viaje se va haciendo pesado.

Conste, porque es la verdad, que Juan Manu no desplegó los labios en todo el camino, ni los ha despegado desde que llegó á Bilbao, para contar á su mujer lo que ha visto en Madrid; que Mari-Pepa, que al principio le asediaba á preguntas, y hasta quiso saber cómo habia gastado todo el dinero que llevó, inclusa la bolsa de seda, que no la veia por ninguna parte, ha desistido de su empeño, pues Juan Manu tiene un humor tan negro, que no admite interrogaciones de ningun género.

Que el cantero se levanta mas temprano que nunca, y trabaja hasta mas tarde que otras veces, y que sin embargo no entra en su casa, ni el jornal aquel que entraba en ella en otro tiempo.

Ya sabe el lector la causa: aun no ha concluido de pagar las deudas que contrajo en el viaje de recreo

¡Viaje de recreo! Este que parece cuento es un hecho, ó, mejor dicho, son varios hechos y sucedidos, recopilados y ordenados en la forma que han salido á luz.

Pero el hecho verdadero, el hecho que no cabe duda es que de las cien personas que hacen el viaje de recreo, cincuen-

ta por lo menos vuelven mustias, tristes, perdidas sus ilusiones, y el dinero, y hasta el buen humor por algun tiempo.

Se hace el viaje... de recreo, peor mil veces que en un tren ordinario, y se gasta mas tonta y como dicen por aqui mas *insustancialmente* que en un viaje que puede hacerse en cualquier otro dia de año.

Los viajes de recreo son hermanos gemelos de los baratillos.

No hay cosa mas cara que un baratillo.

No hay viaje menos recreable que un «viaje de recreo».

S de G.

BAÑOS MINERALES

DEL

PAIS VASCO-NAVARRO (1).

BAÑOS VIEJOS DE FITERO.

A una legua corta de Fitero, y á unos 223 metros sobre el nivel del mar, se halla situado el *Establecimiento de los antiguos ó primitivos baños de Fitero*, llamados hoy *los viejos*.

El monumento mas antiguo, la primera obra que indudablemente se construyó en Fitero, fué la galería ó mina que conduce las aguas minero medicinales, á la falda del monte denominado *Peña del Baño*. Esta galería, abierta á través de una durísima masa siliceosa, representa un trabajo importante y difícil, hecho con mucha inteligencia: tiene 65m. 44cs. de longitud, 1m. 76cs. de altura, y 0,98 de latitud ó anchura, y conserva en todas sus paredes las huellas de los instrumentos que se emplearon para abrirla. En el fondo hay una especie de rotonda, y al través de él brotan con ruido las aguas de abajo arriba, á la manera de un pozo artesiano, cuyo manantial forma la caudalosa fuente de los *Baños viejos de Fitero*. Esta fuente mineral, recogida con tal precaucion, y merced á obra tan esmerada, está exenta de experimentar infiltraciones de las aguas pluviales y de otros vengeros, y de perder su eficacia y composicion por la influencia del aire atmosférico, antes de ser administrada á los enfermos; de aqui los resultados tan satisfactorios que producen el uso de estas aguas.

Las rudas formas de las imponentes masas de montañas, de altas y desnudas cumbres que por todas partes rodean el edificio, y principalmente por el lado del Sur de la Peña del Baño, con las suaves pendientes de sus faldas Norte Oeste, recuerdan los accidentes que revisten el ter-

(1) Nos proponemos dar á conocer todos los establecimientos balnearios del pais vasco-navarro, para lo cual suplicamos a los señores directores ó propietarios de los mismos, se sirvan remitirnos los datos necesarios.

reno jurásico; y el gran trastorno que se observa en varios puntos, indica fué el resultado de muchos cataclismos.

La aridez general del país y el aspecto de los montes, forman un contraste rudo y extraño con la exuberante vegetación de las próximas vegas bañadas por el Alhama: la carencia de arbolado queda compensada con la profusión y abundancia de arbustos y plantas aromáticas; y esto mismo redundaba en beneficio de los concurrentes á este establecimiento, porque la proximidad de los rios de poco caudal es siempre poco saludable en verano, y sobre todo á los enfermos que se medicinan con esta clase de aguas á quienes es mucho más provechoso el respirar el aire puro y embalsamado de los montes, que el húmedo y cargado de esluvios miasmáticos que circula por las vegas y orillas de los rios.

La construcción del actual edificio la empezaron los monjes de San Bernardo de Fitero en 1768. Consta de planta baja y dos pisos; en la primera se halla la fuente donde beben los enfermos el agua mineral: la puerta que dá entrada á los baños, que consisten en ocho pilas, cuatro de mármol y otras cuatro de asperon, con aparatos y chorros adecuados al uso que necesitan los enfermos hacer de las aguas: la estufa general, muy espaciosa y clara, y cuya temperatura es fácil graduar segun las condiciones terapéuticas: los dos baños grandes circulares de asperon, resto de los de en tiempo de la dominación árabe, hoy destinados exclusivamente para los bañistas de tropa y beneficencia: la hospedería para los pobres, algunas habitaciones destinadas á los bañistas de pocos haberes y las de los bañeros; el horno, amasadería y la bodega completan dicha planta baja. Subiendo por la escalera principal, al primer piso se encuentra, primero un espacioso salon de descanso, en cuyo fondo se abre la puerta que da entrada á la iglesia, últimamente decorada y restaurada. Esta iglesia ó capilla tiene de notable haber sido erigida por los dichos monjes de San Bernardo, en el mismo sitio donde nació el beato Juan de Pelafóx y Mendoza, arzobispo que fué de Méjico, virey de Nueva-España, y últimamente obispo de Osma. En dicho salon está la puerta que da entrada al departamento donde están colocadas las estufas á la alemana y las parciales: en el mismo piso se encuentra la administración, el ropero, la cocina, los comedores de primera y segunda clase, la sala de recreo y lectura, y varias habitaciones para bañistas. El piso segundo, aparte de la dirección facultativa y algunos departamentos para los criados, está todo él destinado á habitaciones para los bañistas.

En la parte Norte del edificio, al exterior de él, se encuentra el estanque de enfriamiento, recientemente ensanchado y reformado, capaz de una cantidad de agua, no solo suficiente para las necesidades de hoy día, sino bastante para llenar el servicio con desahogo aunque duplicara la concurrencia.

Frente al mismo edificio hay una extensa plaza con cinco hileras de árboles de sombra (acacias) que sirve de punto de paseo á los bañistas en los días que no les permite el temporal alejarse á otros más distantes y amenos. A la derecha posee el Estado un cuartel para hospedar á los militares en servicio activo, que en gran número acuden á tomar estos baños.

Prolijo sería enumerar las importantes y convenientes reformas que se han ejecutado en todas las dependencias y servicio general del establecimiento: merecen mención, sin embargo, el gusto, decorado y aseo que reina en las habitaciones: el gran salon que se ha destinado á café-tertulia con todas aquellas distracciones que pueden hacer entretenida la estancia en el mismo, en el que hay mesas de billar y de tresillo, juegos de lotería, ajedrez, damas, dominó y otros varios: el salon, en el que hay periódicos de todos los matices políticos, y un magnífico piano, para cuyo servicio contrata el arrendatario un buen profesor, procurando reunir siempre un escogido repertorio de piezas de música. Hay también coche de paseo que sale todos los días del establecimiento por las tardes y regresa al anochecer, para recorrer sus cercanías y pueblos limítrofes.

Hablemos ahora de las propiedades medicinales de las aguas.

Hasta el año 1168, no fueron dueños los monjes de Fitero de las llamadas aguas cálidas de cerca de Tudejen, hoy baños primitivos, llamados simplemente de Fitero, cuyo nombre adquirieron en 1766 por prevalecer el nombre del suelo que ocupó el monasterio.

El cerro que da nacimiento á las aguas termo-minerales, se eleva su cumbre á 293 metros sobre el nivel del mar, y del fondo de la galería ya descrita, parte el caudal de la fuente, que medido con exactitud, resulta dar 18 litros de agua cada segundo, ó sean 64.800 por ahora, cantidad siempre constante segun tradición remotísima. Esta gran dotación de agua permite que cada bañista tome los baños con agua abundante limpia, que se renueva siempre que lo solicita ó puede convenir al enfermo, sin que suceda lo que en algunos otros establecimientos, que tienen que aprovechar una misma agua para dar varios baños, ó adulterarla con otra que no sea de la misma mineral, por ser su manantial de escaso caudal.

Su temperatura es de 47 1/2 grados centígrados, á la cual se debe la preferencia que han merecido estas aguas en todos tiempos, bien porque á la humanidad le halagaba su mayor temperatura, bien porque en ellas obtenían, como era natural, mas pronto y sorprendentes resultados en el alivio y consuelo de sus dolencias.

Del último análisis cualitativo practicado, resulta que cada litro de agua mineral contiene cuatro gramos de materia salina, compuesta de.

Cloruro sódico.

“ magnesio

Sulfato sódico.

“ magnesio

“ cálcico,

Carbonato cálcico.

Fosfato cálcico.

Indicios de { Silice.

{ Alúmina.

{ Materia orgánica.

De los datos que preceden, se deduce que las aguas de los *Baños primitivos de Fitero, hoy los viejos*, pertenecen por su temperatura á las muy calientes, y por su composición química á las *salinas mixtas*, siendo además *ferruginosas y carbónicas* ligeramente fosfatadas.

La acción fisiológica de las aguas en bebida, en baño general de inmersión y de vapor, y otras observaciones muy útiles y convenientes, se describen científicamente en una brillante memoria del médico-director, D. Tomás Lletget y Cayla, por cuyo motivo y otros varios se hace recomendable y hasta precisa su adquisición.

El enumerar una por una las enfermedades para cuya curación han sido recomendadas las aguas de los *Baños viejos de Fitero*, sería interminable. Se las atribuía tales y tan grandes prodigios en los antiguos tiempos, que se las calificaba de *divinísimas*. Esto sin embargo, y haciendo caso omiso de tales elogios, las enfermedades principales para que está indicado su uso, segun su acción electiva, y con las que han obtenido sorprendentes curaciones en sus dolencias las personas de todas clases de la sociedad, que han concurrido y concurren á estos baños, tanto de la Península como del extranjero y Ultramar, son las siguientes:

Son eficaces para combatir las afecciones reumáticas y gotosas, las nerviosas, las escrofulosas y sífilíticas, las parálisis, y las enfermedades de los huesos, como son las cáries, necrosis, tumores blancos, anquilosis, etc. etc. Se obtiene un satisfactorio éxito en el tratamiento de ciertas enfermedades del estómago; tales como las gastralgias, cardalgias y dispepsias de varias clases, y en el de la clorosis, amenia y todas las demás enfermedades que

reconocen por causa un empobrecimiento de la sangre. También están reconocidas para la curacion de la formacion de cálculos, padecimientos de la vejiga, alteraciones en la secrecion de la orina, é inflamaciones ó hidropesia en las articulaciones de las extremidades.

Terminemos diciendo que la temporada oficial de estos baños empieza el 1.º de junio y concluye el 30 de setiembre.

MADRID.

Suspendidas las sesiones de Cortes, despues de haber votado á escape una porcion de leyes los padres de la patria, el regente se ha ido á la Granja, el general Prim á sus posesiones de Toledo, Montero Rios á Panticosa, Ruiz Zorrilla á Búrgos, y Castelar se prepara á pasar una temporada entre los bilbaínos.

La dispersion ha sido completa: parece que los políticos anhelaban el momento de abandonar la corte, en donde tan poco hacen por la felicidad del pais y en donde tanto sufren; porque, no lo duden ustedes, todos esos personajes que influyen en la marcha de los negocios públicos, que reciben altos empleos ó grandes cruces, sufren tormentos que, andando el tiempo, describirá un nuevo Dante en otra *Divina Comedia*.

Reina, pues, calma completa en todas las esferas, y, sin embargo, presente todo el mundo una próxima tempestad.

Doña Isabel de Borbon ha abdicado solemnemente en su hijo, precisamente cuando un numeroso y respetable partido saludaba el nacimiento de un príncipe, al que llama su príncipe de Asturias.

La abdicacion ha producido escaso efecto. Los que querian á toda costa la restauracion de Doña Isabel, se han disgustado; los que no transigian con la revolucion tambien, y los que aceptan los hechos consumados y no vacilan en entregar el príncipe Alfonso á Serrano, Prim y Topete, deben estar ya arrepentidos de su condescendencia, porque los revolucionarios no saben apreciar tanta bondad.

De todos modos el acto de la abdicacion viene á ser el paso preliminar de un partido que quiere el trono para el hijo de doña Isabel y que si hoy lo pide por buenas, es muy posible que, al ver que no le escuchan, trate de conquistarlo con las armas.

Los candidatos al trono de las diferentes fracciones de la revolucion, descansan y recobran las perdidas fuerzas para volver á las andadas en el otoño.

¿Quién guarda en tanto el trono vacante? Le guarda el miedo de todos, y el mas audaz podrá, tal vez, apoderarse de él.

Hay esperanzas fundadas de que el mes de setiembre nos dé resuelta la cuestion.

Mientras llega, los pacientes españoles, y en particular los madrileños, se divierten que es un gusto.

Jamás ha habido mas espectáculos ni mas afan de diversiones que este verano.

Hay funciones en los Campos Eliseos, en los circos de Madrid y de Price, en el teatro de Verano, en los jardines del Retiro y de Apolo, en los salones de la Alhambra y parece que estamos nadando en oro.

Al mismo tiempo, es incalculable el número de familias que todos los dias salen para las provincias del Norte y para Francia.

Una dama de las mas distinguidas, la marquesa de Casa-Loring, tenia preparadas en un cofrecito sus alhajas para partir un dia de estos.

Importaban las joyas mas de 30.000 duros y el cofrecito desapareció.

La policia ha preso á todos los criados de esta señora, y se cree que las alhajas y el alhaja que las ha escamoteado parecerán en breve.

Tambien de una platería extrajeron dias pasados, tres chicos que vendian billetes de la loteria, unas cuantas joyas.

Un prestamista honrado (!) á cuya casa fueron llevadas á empeñar, sospechó que eran el producto de un robo, y los jóvenes ladrones escurrieron el bulto.

El prestamista levó aquellos objetos de valor al gobierno civil.

En los exámenes de fin de curso, entre otros, ha obtenido el primer premio de piano el joven navarro D. Gabino Jimeno, discipulo de otro navarro distinguido, don Dámaso Zabalza.

El nuevo pianista debe estar ya en Pamplona, y quizás han admirado ya sus paisanos su notable talento artístico.

Ya que he nombrado á Pamplona, por mas que parezca aquí fuera de lugar, voy á copiar unas cuantas lineas de una carta que de allí recibo, cuyo contenido enaltece sobre manera á las autoridades de aquella capital y á los pamploneses.

Dice así:

«Algunos franceses y alemanes, *croupiers* de las grandes bancas, establecieron en esta ciudad una casa de juego, con *ruleta*, donde en pocos dias se iban arruinando muchos incautos. Pero aquí no han encontrado la complacencia que en San Sebastian. Cuando se presentaron al alcalde pidiendo la proteccion del ayuntamiento y ofreciendo una parte de las ganancias para las casas de Beneficencia, el Sr. Iharra les respondió que la ciudad de Pamplona no necesita los productos del vicio para sostener á sus pobres. Lo mismo que en Ginebra cuando en casa de Mr. Fazy se quiso establecer el juego, se han hecho aquí peticiones al gobernador, firmadas por gran número de ciudadanos, pidiendo que no se tolere en nuestro pueblo esa casa de perdicion; el ayuntamiento recurrió en el mismo sentido, y el gobernador se ha hecho intérprete de esta unánime reprobacion, prohibiendo el juego inmoral y dando así una leccion á los que creen que la España revolucionaria puede ser el receptáculo de las inmundicias que van desechando las naciones mas ilustradas de Europa.

Con este motivo han cesado tambien algunas bancas que aquí habia: pero los *croupiers* no se van: aun esperan que, á favor del tumulto de las fiestas de San Fermin, podrán explotar á los forasteros. Vergonzoso seria para la autoridad.»

Este es el pais vasco-navarro.

Para enaltecerle basta contar sus actos.

J. NOMBELA.

ADVERTENCIAS.

Con el próximo número empezaremos á repartir á nuestros suscritores la obra que, para que puedan encuadernarla aparte, les hemos ofrecido.

Los propietarios de este periódico y la mayor parte de sus colaboradores, celebrarán á mediados de Julio una reunion en Vitoria ó San Sebastian, con el objeto de ponerse de acuerdo para introducir grandes mejoras en el periódico.

Rogamos á los señores suscritores que deseen continuar recibiendo EL PAIS VASCO-NAVARRO, que se sirvan renovar su suscripcion á la mayor brevedad posible; pues debiendo recorrer los señores Mena y Nombela las principales poblaciones de las Provincias Vascongadas y Navarras desde el 1.º de Julio, solo hasta este dia permanecerá la administracion central en Madrid, trasladándose desde dicho dia hasta 1.º de octubre al Colegio de Internos de Pamplona.

Como un favor especial á los señores suscritores les rogamos que renueven cuanto antes su suscripcion, ó por lo menos, que anuncien si se les sigue considerando ó no como suscritores.

EL PAIS VASCO-NAVARRO.

Precios de suscripcion.

En España..	3 meses 12 reales.
En Cuba y Puerto Rico..	6 meses 3 pesos.
América del Sur y Filipinas..	6 meses 4 pesos.
Estranjero..	6 meses 10 franc.
Número suelto en España..	2 reales.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En MADRID: Calle de Serrano, 14, tercero de la izquierda (barrio de Salamanca), ó en la librería de Eguio, Arenal, núm. 14.—BILBAO: librería de D. Juan E. Delmas.—PAMPLONA: secretaria de Colegio de internos.—VITORIA: admite las suscripciones D. Nicolás Becerro, en el establecimiento tipográfico de D. José Iturbe, calle de San Francisco, número 23.—SAN SEBASTIAN: librería de D. R. Baroja.—La administracion central de Madrid admite suscripciones de todas partes, siempre que al aviso acompañe el importe en letra de fácil cobro ó sellos.

Imprenta á cargo de M. G. Hernandez.—San Miguel, 25.